

Amán Rosales Rodríguez

Universidad Adam Mickiewicz de Poznań
Universidad de Łódź

EL VÍNCULO ENTRE MODER- NIDAD Y ROMANTICISMO EN OCTAVIO PAZ Y RAFAEL ARGULLOL

The link between Modernity and Romanticism in Octavio Paz and Rafael Argullol

ABSTRACT

This article presents and confronts two views concerning the link between modernity and romanticism. On the one hand, the view proposed by the Nobel Prize winner, the Mexican Octavio Paz in his book *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, and, on the other hand, the one put forward by the prolific Spanish writer Rafael Argullol in his *El Héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo*. While for O. Paz the romantic movement as a child of modernity has inspired partially the modern search for the new in itself, for R. Argullol the romantic spirit is expression above all of a tragic-heroic mood of dissatisfaction with modernity. Both writers see the paradoxical nature of romanticism –sometimes longing for the past, sometimes dreaming about the future– as a complex expression of modernity’s self-awareness and self-criticism.

KEY WORDS: modernity, romanticism, essay, tragedy.

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo central de este trabajo es presentar y comentar la relevancia de algunas de las opiniones de Octavio Paz (1914–1998) y Rafael Argullol (1949) en torno a la relación o, tal vez mejor, interacción, entre modernidad y romanticismo.¹ Estos dos destacados ensayistas de lengua española han dedicado importantes estudios a examinar diversos aspectos de dicho vínculo, contribuyendo de esa forma –en el caso de O. Paz, ya desde mediados de los años setenta del siglo pasado– a incrementar el interés por la complejidad de la cosmovisión romántica y sus nexos con al advenimiento y consolidación de la modernidad occidental.

Como no podía ser de otra forma tratándose de dos artistas de la palabra (además de ensayistas, poetas, y en el caso de Argullol, también novelista), sus reflexiones sobre la

¹ Este objetivo guarda relación con otro, que aquí solo es posible mencionar de paso, que ha servido de guía para trabajos recientes del autor; a saber, destacar el papel desempeñado por la escritura ensayística en el abordaje –en contexto hispanoparlante– de dicha interacción (véase, por ejemplo, Rosales Rodríguez 2012, 2013 y 2014).

naturaleza del romanticismo arrojan luz sobre su propia obra y puntos de vista personales sobre la creación artística, en general, y ensayística, en particular. Al respecto, R. Argullol dijo incluso en forma bastante clara: “Yo he defendido que toda escritura literaria es ensayo, en el sentido etimológico de experimento, de tentativa en la que nos vamos moviendo entre la percepción subjetiva del mundo y el intento de objetivar la relación entre el hombre y el mundo” (Argullol 1995: 37). Sin duda, en la obra de ambos autores se despliega de modo feliz la íntima relación entre “poesía y pensamiento” que Rafael Argullol destaca en la obra de Octavio Paz y que también puede verse desplegada en su propia variada creación.²

En el centro de atención principal estarán las dos obras más voluminosas que O. Paz y R. Argullol han dedicado al tema del romanticismo, *Los hijos del limo* (1974) y *El Héroe y el Único* (1984, esta obra será citada de acuerdo con su reedición del año 2008), respectivamente. Es preciso mencionar también otros dos libros de los autores, que aunque de menor extensión poseen un peso intelectual semejante, los enriquece y complementa, de O. Paz, *La otra voz. Poesía y fin de siglo* (1990), y de R. Argullol, *La atracción del abismo* (1983, con reedición del año 2006).

2. ROMANTICISMO. PROBLEMAS DE DEFINICIÓN

La caracterización o definición del término ‘romanticismo’ siempre ha resultado una tarea ardua para los especialistas. Numerosos autores han llamado la atención sobre dificultades, a veces insuperables, para el consenso así como sobre la proliferación de puntos de vista irreconciliables, dependientes, a su vez, de criterios ideológicos y nacionales. No obstante, puede tomarse como valioso punto de partida la caracterización del “hombre romántico” que Alfredo De Paz propuso en un importante estudio de gran envergadura sobre el movimiento romántico. Según De Paz –quien sigue lineamientos de otro autor, Ladislao Mittner–, el individuo romántico busca “vivir en la condición del puro deseo”, padece de “una sensibilidad excesivamente aguda, pero que es estimulada por él”, se encuentra “a merced de las impresiones siempre distintas y contradictorias”, a las que se abandona “con un secreto placer y a menudo las crea sin saberlo”, el individuo romántico produce “dilemas” que no intenta resolver, “y que cuando los resuelve crea dilemas nuevos ya que el dilema irresoluble es la forma misma de su existencia.” (De Paz 2003: 56) Como anota el mismo autor, el romanticismo es un fenómeno representativo de “una crisis global que envuelve al individuo y a su historia; una crisis que convulsionó los fundamentos de la cultura y de la sociedad europeas y que encontró en la literatura y el arte el testimonio más auténtico y privilegiado de su propia totalidad” (De Paz 2003: 51).

Otra interesante perspectiva la ofrecieron, a finales del siglo pasado, Michael Löwy y Robert Sayre –en su *Révolte et mélancolie. Le romantisme à contre-courant de la*

² Esta opinión la expresó R. Argullol en el curso de una mesa redonda del año 1999 en torno a la relación entre poesía y pensamiento en O. Paz. De acuerdo con la reseña de Miguel Ángel Villena: “A juicio de Rafael Argullol, ‘pocos escritores contemporáneos han sabido aunar poesía y pensamiento, lo literario y lo filosófico’. ‘La verdad de Octavio Paz’, apostilló el escritor catalán, ‘se apoya en esta simbiosis’.” (Véase Villena 1999).

modernité (1992)³. Estos autores plantean una reinterpretación histórico-conceptual de la problemática definitoria del romanticismo que puede asumirse en forma parcial, con independencia del trasfondo o intencionalidad marxista que impulsa su proyecto y que los conduce a ciertos resultados no convincentes. Algunos de sus comentarios iniciales en dicho libro introducen a los lectores en el debate definitorio e interpretativo que sigue generando la temática romántica.

La tesis central de M. Löwy y R. Sayre dice que el "romanticismo representa una crítica de la modernidad, es decir, de la civilización capitalista moderna, en nombre de ciertos valores e ideales tomados del pasado (el pasado precapitalista, premoderno)" (Löwy & Sayre 2001: 17) Aunque la afirmación de entrada es provocativa, debe añadirse que el romanticismo se suele identificar más bien con una actitud recelosa de la realidad, del ente, y no, o no solo, de su expresión socio-económica, como aquellos autores marxistas mantienen. El romántico puede manifestar hostilidad al sistema capitalista, sin duda, pero también puede, a veces sin quererlo o saberlo, servirse de él, de su naturaleza contradictoria y extrema –es decir, amable y cruel, delicada y grotesca, aparatosa y sutil– para sus creaciones y experimentaciones estéticas.

La insatisfacción, el anhelo de *algo más* parece representar un impulso mucho más básico que otros dentro del complejo temperamento romántico. La expresión alemana *Sehnsucht* surge, como dice De Paz, como "la palabra más característica" no solo quizá del romanticismo alemán sino, con variaciones, de las otras variedades nacionales. El término expresa "*no tanto la nostalgia* (Heimweh) como la angustia, es decir, un sentimiento que jamás puede alcanzar su objetivo, porque no lo conoce y ni puede ni quiere conocerlo; se trata en esencia, del *mal del deseo*" (De Paz 2003: 55). Se trata de un impulso que desde luego *puede* nutrirse de o hallar inspiración, parcial pero no de manera exclusiva, en aquel conjunto de fenómenos asociados con el surgir de las naciones industrialmente avanzadas y el modo capitalista de producción que Löwy y Sayre estiman el desencadenante principal del espíritu romántico.

Recuérdese que el artista romántico también desea lo moderno, pero lo *romantiza* (Novalis) en la medida en que lo dota de un aura de plenitud o riqueza de la que en realidad puede carecer. La "romantización" del mundo constituye, para los románticos, motivo de estímulo principal para el trabajo, produce un alborozo espiritual, un regocijo que le confirman el valor de una existencia –propia y ajena–con frecuencia gris y sosa. Con las famosas palabras de Novalis: "Si le doy a lo común un sentido elevado, a lo corriente un aspecto misterioso, a lo conocido la dignidad de lo desconocido, a lo finito una imagen infinita, eso es romantizar" (citado en Hernández 1995: 266).

La cita anterior, dicho sea de paso, sigue siendo, según Rüdiger Safranski, la mejor definición de romanticismo, un movimiento proteico que no se ciñe a una época sino que constituye ante todo un estado espiritual: "El espíritu romántico no se mantiene idéntico; más bien se transforma y es contradictorio, es añorante y cínico, alocado hasta lo incomprensible y popular, irónico y exaltado, enamorado de sí mismo y sociable, al

³ Esta obra será citada a continuación según la versión inglesa de 2001 y con traducción del autor del presente artículo. Existe una más tardía versión española con el título, más cercano al original francés, de *Rebelión y melancolía. El romanticismo a contracorriente de la modernidad*, trad. de Graciela Montes, Buenos Aires: Nueva Visión, 2008.

mismo tiempo consciente y disolvente de la forma” (Safranski 2012: 15). El presente trabajo concuerda en lo esencial con las opiniones anteriores del ensayista alemán.

Se procederá ahora con algunos ejemplos de las obras de O. Paz y R. Argullol para intentar un acercamiento al vínculo entre modernidad y romanticismo. Puede adelantarse que, mientras para el mexicano el talante romántico tiene un carácter fundamentalmente crítico de la modernidad, con la que sin embargo, de modo a primera vista paradójico, entrelaza raíces de modo fecundo; para el ensayista catalán el espíritu romántico tiene una *naturaleza trágica* —ésta consiste, en ello reside su grandeza, en una búsqueda infructuosa de anhelos nunca cumplidos— que es precisamente lo que se echa de menos en la modernidad (sobre todo la tardía o posmodernidad). Pese a lo anterior, y aunque ambos autores resaltan con frecuencia aspectos diferentes de la actitud romántica pueden detectarse también momentos de complementariedad en varias de sus opiniones sobre el nexo entre ambos fenómenos.

3. OCTAVIO PAZ Y EL ROMANTICISMO COMO COMPLEMENTO DE LA MODERNIDAD

Dos de las obras ensayísticas fundamentales de Octavio Paz, las ya mencionadas *Los hijos del limo* (1974), y *La otra voz. Poesía y fin de siglo* (1990), tienen que ver directamente con características del movimiento romántico. En dichos textos se constata la fascinación que siempre ejerció el romanticismo sobre la obra poética y creación intelectual del literato mexicano. De hecho, según una intérprete, la propia visión paziana de la poesía “se construye a partir de presupuestos y tensiones románticas —o neorománticas—” (Madrid 1990: 393). Es decir, según dicha lectura, la concepción paziana del fenómeno poético, en particular, y literario, en general, está condicionada por un reconocimiento de la magnitud histórica del romanticismo. En esta corriente se prefigurarían temas y conflictos en torno a la relación entre el individuo y la realidad que la modernidad tardía —o posmodernidad, si se prefiere— exacerbaría en el contexto de una conciencia generalizada acerca de la crisis del arte y el humanismo.⁴

Una de las tesis centrales de *Los hijos del limo* apunta, justamente, a subrayar como ese desgarramiento romántico entre sensibilidades extremas constituye un elemento definitorio esencial de la modernidad: el descontento casi permanente del romántico, es decir: su aspiración por ese algo más que siempre se le escabulle cuando más cerca cree tenerlo, penetra hasta en la médula de la modernidad, impulsándola —empujando con frecuencia al romántico— hacia la búsqueda constante de la novedad como compensación del vacío de sentido. Todo esto puede verse como principio fundamental del dúo modernidad-romanticismo, un principio que, según Paz, por igual “inspira a los

⁴ Agrega dicha intérprete: “En efecto, Paz habla sobre el romanticismo, por lo general, a partir de los conceptos privilegiados por él mismo. Si estamos de acuerdo en que su prosa y su poesía se resuelven en el empleo de una dialéctica de extremos, que son aquellos entre los cuales se desgarran el romanticismo, no es extraño que al analizar el fenómeno romántico, re-escriba las tensiones (contradicciones) y objetivos del mismo. Es allí donde reside su valor ejemplar como crítico (como lector lúcidamente apasionado) y como poeta” (Madrid 1990: 394).

románticos alemanes e ingleses, a los simbolistas franceses y a la vanguardia cosmopolita de la primera mitad del siglo XX” (Paz 1974: 47).

El romanticismo no es un simple contrincante de la corriente ilustrada –aspecto que en ocasiones se sobreestima. Paz se percata de que el primero no hubiera aparecido sin la segunda –“fue uno de sus productos contradictorios”. Sencillamente, afirma el mexicano, “el romanticismo es la otra cara de la modernidad: sus remordimientos, sus delirios, su nostalgia de una palabra encarnada” (Paz 1974: 119). La modernidad participa del espíritu romántico del mismo modo que el romanticismo alcanza su plenitud –lo que no quiere decir que apoyando siempre, necesariamente o de forma explícita, este proceso– con la consolidación de formas modernas de organización socio-económica, consumo masivo y producción industrial. Este reconocimiento queda todavía más claro en una obra posterior, ya mencionada, de O. Paz, *La otra voz*. En ella escribe Paz de forma inequívoca:

La relación del Romanticismo con la Modernidad es a un tiempo filial y polémica (...) El romanticismo es la gran negación de la Modernidad tal como había sido concebida por el siglo XVIII y por la razón crítica, utópica y revolucionaria. Pero es una negación moderna, quiero decir: una negación dentro de la modernidad. (Paz 1990: 35)

La problemática relación entre romanticismo y modernidad la confirma una vez más Paz en el mismo lugar: “El romanticismo convive con la Modernidad y se funde con ella sólo para, una y otra vez, transgredirla” (Paz 1990: 35). El romanticismo despliega en la modernidad todo la potencialidad crítica y reflexiva, el ansia de ruptura con la tradición de los ancestros, acumulada durante siglos en el arte y pensamiento occidentales. Por eso es que el romanticismo podría ser caracterizado, en parte y según propone Herbert Uerlings, “como un producto del pensamiento ilustrado que ya no reconocía más una normatividad atemporal, sino que ubicaba a la cultura en relación con su tiempo y lugar, y se concebía a sí mismo como el comienzo de una modernidad en eterno acaecer” (Uerlings 2005: 14).

El romanticismo es, pues, tanto negación del presente como añoranza –según el caso, por lo pasado o lo venidero–, y el romántico es consciente también de los quebrantos espirituales que ocasiona dicha nostalgia, pues sus anhelos no pueden satisfacerse en un mundo desencantado que ha elegido, de manera irreversible, otro rumbo de vida y otros valores orientadores. La reacción romántica se tiñe de *ironía*, que es, según Paz, “la gran invención romántica”. La postura irónica permite tomar distancia y moderar la amargura por lo no alcanzado; la ironía, tal y como la entiende sobre todo Friedrich Schlegel –autor destacado por Paz–, significa: “amor por la contradicción que es cada uno de nosotros y conciencia de esa contradicción” (Paz 1974: 65). Ahora con las propias palabras de Schlegel: “La ironía es la clara conciencia de la eterna agilidad, de la plenitud infinita del caos” (citado en Marí 1998: 117). La ironía representa así, en medio del torbellino de la modernidad, un paliativo por el dolor de la pérdida de la Unidad, un bálsamo que intenta aliviar la frustración por no poder concretar en esta tierra la soñada otra realidad.

Dentro de la modernidad capitalista-industrial ya establecida en gran parte del globo, el imperativo del consumo demanda, de forma cada vez más implacable, la producción de novedades, de vanguardias o modas artísticas, para ser exhibidas en estan-

tes, museos o supermercados. El inquieto creador romántico procura sosegar su espíritu mirando hacia el pasado, lanzándose de lleno en el diseño de futuros mejores, o, en sus versiones más tardías de *fin de siècle*, languideciendo en una especie de eterno presente cuyos signos más visibles son, según Paz, “los objetos inútiles y hermosos”, este tipo de modernidad decadente “es una estética en la que la desesperación se alía al narcisismo y la forma a la muerte. Lo *bizarro* es una de las encarnaciones de la ironía romántica” (Paz 1974: 129).

No obstante, al final, el romanticismo surge de la interpretación de Paz como un esfuerzo colosal por devolver al arte su capacidad fundadora de mundos alternativos ante las insuficiencias del existente. Representa un recordatorio todavía vigente de la importancia de la individualidad y la imaginación en medio de la proliferación, en las sociedades del presente, del conformismo y la resignación.

4. RAFAEL ARGULLOL Y LA RELACIÓN ENTRE ROMANTICISMO Y PENSAMIENTO TRÁGICO

En tanto Octavio Paz pone el acento en la frenética búsqueda moderna de lo nuevo, un ansia que se nutre de la propia sensibilidad romántica insatisfecha con el estado del mundo, Rafael Argullol enfatiza el carácter trágico de esa búsqueda. Es decir, para el ensayista español lo fundamental del romanticismo es que constituye, según sus palabras –que en realidad sintetizan la tesis central de su libro *El Héroe y el Único*–, “una concepción del mundo, nueva y revolucionaria, centrada en la conciencia, diversamente manifestada, de la irresoluble condición trágica del hombre moderno” (Argullol 2008: 52) La idea central no podría estar formulada de manera más clara:

En la insuperable combinación de desencanto y energía, de destrucción y de innovación, de patetismo y de heroicidad, en la profunda percepción de lo limitado de la condición humana y en el imposible titanismo hacia lo infinito, se puede reconocer que el movimiento romántico es la auténtica raíz de todo el pensamiento trágico moderno. (Argullol 2008: 54)

Con base en la obra de los protagonistas principales de su libro: Hölderlin, Keats y Leopardi, tres representantes clave del romanticismo europeo, R. Argullol desarrolla su tesis mostrando sus variantes nacionales (Alemania, Inglaterra, Italia) más significativas. Es en la figura de Friedrich Hölderlin donde se encuentra concentrado en forma máxima ese espíritu trágico del pensamiento romántico, ese anhelo de fundirse “con el Infinito (o el Único)” que obsesiona, llevando a los distintos temperamentos románticos, en diverso grado, de la acción a la pasividad, del entusiasmo a la resignación. Si la imaginación es la guía que conduce al poeta en pos del Absoluto, es la Belleza la que impulsa todos sus actos –pero también, como se verá, *ella* misma es también la meta de todo el trayecto romántico. Se trata en todo caso de una empresa circundada por sentimientos de fracaso ante la imposibilidad de retornar a ese mítico punto de unión del ser humano con el Infinito, la Naturaleza o el Único.

De esa forma, si para los románticos, “el Único es (...) la conjunción entre individuo y mundo, entre hombre y naturaleza, existente en la atemporal ‘Edad de Oro’” (Argullol

2008: 95), entonces la Belleza es la amalgama que fusiona ambos elementos. El noble protagonismo que tiene la Belleza en los poemas juveniles del bardo alemán, en especial *Hyperion*, le confirman a Argullol el carácter “relativamente optimista” de estos primeros momentos del romanticismo alemán. Un optimismo relativo que luego se va atemperando, y que en una obra posterior como el *Empedokles* no alcanza a sosegar el espíritu de Hölderlin, cada vez más conciente de la lejanía del Yo respecto del Único-Infinito: “Empedokles avanza hacia la conjunción con el Infinito –en el Único– pero no desconoce nunca, desde el primer momento, la inevitabilidad de la escisión, del desgarrar” (Argullol 2008: 102) Es esta aceptación conciente del riesgo, de la muerte como último recurso para el retorno a otra posible vida, lo que convierte al personaje griego del poeta alemán en modélico personaje trágico para autores posteriores.

La insatisfacción inherente al espíritu romántico que también se extiende a la inquieta experiencia moderna, encuentra en la poesía de John Keats un cierto aliento en la entronización de la Belleza a medida absoluta de todos los valores, pues, según Argullol: “‘La Belleza como verdad’ (‘Beauty is Truth’) es el principal, casi único, lema de Keats” (Argullol 2008: 122). Argullol también acentúa que la impotencia por alcanzar a plenitud la vinculación con el Único, lleva a Keats a concebir una noción de melancolía más compleja de lo que suele entenderse por tal. La melancolía de Keats es una pasión que solo le sobreviene al que ha intentado acercarse a los dioses, “es un sentimiento noble por cuanto sólo es propio de aquellos mendigos que se han atrevido a ser dioses” (Argullol 2008: 161). Keats es, según Argullol, un poeta mucho más moderno que el resto de los bardos ingleses por cuanto en su obra aparece a cabalidad la contradicción entre una clara conciencia de identidad personal (Yo-Trágico) que se opone a fuerzas externas que le resultan dolorosas e incomprensibles, pero cuyo enfrentamiento no elude. En Keats el Yo romántico “se torna gigantesco, demoledor, casi autosuficiente, islote de real existencia en el océano de formas de la humanidad” (Argullol 2008: 176).

De acuerdo con R. Argullol, en Giacomo Leopardi el “Yo heroico-trágico, tan vigoroso en Hölderlin y Keats, alcanza (...) su más deslumbrante y desoladora cima”, pues su obra es nada menos que un canto fúnebre a la muerte de Prometeo. Leopardi es el poeta que asume a conciencia la desolación de una existencia moderna vacía de absolutos: Dios, Naturaleza, Razón, los grandes ídolos se han esfumado, y con ellos ha desaparecido todo lo que pudiera suponer un mínimo consuelo a la soledad humana: “Exiliado de su siglo y en rebelión total contra él, Leopardi no es revolucionario en cuanto artífice o seguidor de una ideal República futura, sino en tanto que negador global de la realidad que le rodea. No es un constructor, sino, como lo serán Baudelaire y Rimbaud, un destructor: un destructor definitivo” (Argullol 2008: 198). Este último aspecto acerca la obra leopardiana a la nietzscheana, ambas pueden ser consideradas, estima Argullol, “las cimas del pensamiento trágico del siglo XIX: un pensamiento que ha liberado al hombre de todas sus esperanzas, a excepción, quizá, de la esperanza en el propio gesto demoledor ante la Nada” (Argullol 2008: 243).

Como ya se vio, para Rafael Argullol, el romanticismo está indisociablemente unido a la noción de pensamiento trágico. Y por éste ha de entenderse una tensión irresoluta entre el deseo del individuo por unir su destino con la unidad del Cosmos, a sabiendas de que dicha fusión resulta imposible concretarla de forma plena. El ser humano se ha escindido en forma definitiva de la naturaleza y esto le provoca al romántico tanto terror

como fascinación –punto que se desarrolla ligado a las artes plásticas en Argullol (2006). El tipo de Héroe romántico desea y no desea conservar su individualidad ante ese Único que le atrae y le atemoriza, se trata de la conciencia del desgarramiento interior, de pertenecer o no pertenecer, de una aspiración de soledad consciente, también, de las bondades de la comunión.

En el corazón de ese conflicto se fragua lo trágico del temperamento romántico, punto sobre el que tanto insiste el autor en *El Héroe y el Único*:

La enseñanza más profunda del Romanticismo es la demostración del hombre como náufrago errante en un océano que le resulta inabarcable. En el romántico la más alta ansia de perfección concluye en la más alta conciencia de limitación, la más fuerte necesidad de Prometeo en la más fuerte devastación por su pérdida. (Argullol 2008: 170)

El individuo romántico –punto en el que coinciden Paz y Argullol– aprovecha con astucia las mismas fuerzas e impulsos generados por la modernidad (en especial los que nutren el individualismo y la subjetividad) para emprender contra ella una crítica despiadada y profunda de sus fundamentos y valores. Por eso, en lugar de ver en forma unilateral el impulso romántico como algo antagónico de la modernidad y su cohorte de elementos discordantes, contradictorios y paradójicos, conviene acaso visualizarlo más bien como su manifestación más dramática y visible. Tal vez la ilustración más clara de este último punto la ofrece el contraste sugerido por R. Argullol entre dos actitudes que puede adoptar el artista o creador en la modernidad, la “trágica-heroica” y la “trágica-absurda”. El romanticismo aparece justamente como etapa de transición entre ambas, es decir, funge como eslabón de lo premoderno a lo posmoderno, proceso que culminará en lo que R. Argullol estima como un presente dominado por el relativismo extremo y por la incapacidad del arte para enfrentar el desamparo existencial de la época posmoderna.

Desde la primera actitud, asumida por la posición romántica, se lucha todavía contra la dolorosa escisión del ser humano respecto de la naturaleza y la sociedad: “*La voluntad del Yo se alza ante la volubilidad disgregadora de la realidad*” (Argullol 2008: 381); en tanto que desde la segunda actitud, propia ya del siglo XX, se contempla con absoluto desencanto y pesimismo, sobre todo después de las dos posguerras, cualquier intento por reconstruir los fundamentos culturales y espirituales en ruinas de occidente: “la condición trágica en el siglo XX ya no da pie a un proceder heroico, sino a un error en el absurdo” (Argullol 2008: 381).

En opinión de R. Argullol, desde comienzos del pasado siglo impera cada vez más no solo el relativismo y la disgregación estética, sino que incluso la confianza en la creación artística y la palabra poética ha quedado gravemente lesionada. Los resultados a los que arriba a este respecto *El Héroe y el Único* son más escépticos que los de O. Paz en *Los hijos del limo*: “Esta desconfianza y, sobre todo, esta incapacidad para la celebración estética son precisamente el síntoma más relevante de la disgregación y el nihilismo contemporáneos. Nadie, en la actualidad, parece creer seriamente en la fortaleza de la conciencia artística para hacer frente al vértigo desconciador de nuestro tiempo” (Argullol 2008: 456).

5. CONCLUSIONES. VALORACIÓN DEL MOVIMIENTO ROMÁNTICO DESDE LA PERSPECTIVA DE O. PAZ Y R. ARGULLOL

Desde el punto de vista compartido por Paz y Argullol, el impulso romántico, aunque ya muy disminuido, aparece todavía como un necesario balance en contra de las actuales tendencias uniformadoras y homogenizadoras, coartadoras, en suma, de la creatividad individual en la cultura. Se trata de tendencias, en concreto dos, que marcan el paso en las sociedades occidentales, ambas se complementan aunque parezcan movidas por impulsos contrarios: la apatía o indiferencia social y un activismo consumista desenfrenado. Frente a tales tendencias, tanto Paz como Argullol, inspirados en el ejemplo romántico, enaltecen el valor de la creación artística y la palabra poética como medios posibles para la “romantización” de la realidad, esto es, la recuperación, en medio de la desorientación general en la cultura, del sentido de unidad entre individuo, naturaleza y sociedad. O. Paz expresa bellamente esta idea al meditar en torno a la función actual de la poesía: “El poema es un modelo de supervivencia fundada en la fraternidad –atracción y repulsión– de los elementos, las formas y las criaturas del universo” (Paz 1990:139).

No deja de resultar curioso que respecto del punto anterior existan aún malentendidos sobre las intenciones románticas, que no cabe subsumir en un mero deseo por reducirlo todo al punto de vista del estilo individual, como lo reprocha, por ejemplo, enfatizando la conocida acusación de “esteticismo” al romanticismo, el filósofo italiano Sergio Givone. Escribe este autor:

En el horizonte del romanticismo, la primacía del arte y la reducción de la experiencia entera a la artística apuntan decididamente a la completa estetización de la realidad, en el sentido de que no sólo la realidad se confía al arte como único instrumento capaz de conocerla y de actuar sobre ella, sino que la realidad misma, la realidad de la naturaleza y del espíritu se hace derivar de una inagotable actividad inventiva y creadora que tiene un carácter fundamentalmente estético. (Givone 1991: 87)

Da la impresión que, para S. Givone, “estetizar” refiere solamente a un quedarse en la superficie de las cosas y acontecimientos con el objeto de obtener de ellos un disfrute meramente personal, acorde con el individualismo hedonista contemporáneo, hartado analizado por diversos autores como marca indeleble del carácter posmoderno. No obstante, desde la perspectiva compartida por Paz y Argullol, al romanticismo no cabe criticarlo como corriente promotora de la indiferencia y el individualismo. Este punto lo deja suficientemente claro el ya citado Alfredo De Paz. El aspecto más revolucionario de la intención romántica es su insistencia en la necesidad de una transformación radical, integral, de la realidad. De ahí que el artista o poeta romántico encarne, como bien lo explica De Paz, “el modelo anticipador de una vida diferente, un modelo que representa lo irrepresentable, lo que no es pero que debe ser, incluso si sus materiales son los objetos de la vida cotidiana que, sin embargo, sufren un proceso de romantización y de transfiguración en el arte” (De Paz 2003: 208).

El hecho de que el romanticismo sueñe con y luche por *un modo de vida diferente* es algo fundamental tanto para Paz como para Argullol, es un aspecto de vigencia permanente, aun cuando la idea misma pueda parecerle anticuada a muchos en el presente.

Su auténtico valor puede apreciarse recordando un par de fragmentos centrales de Novalis. En el primero se evoca el potencial del arte y la poesía a efecto de deshacerse de la insipidez que puede convertir a la existencia en poso de conformismo y resignación: “Toda poesía interrumpe el estado normal de la vida –similar en esto al sueño– con el fin de renovarnos, de mantener siempre vivo en nosotros el sentido mismo de la vida” (citado en De Paz: 2008: 207) En el segundo, ampliamente citado y comentado, el poeta sajón ofrece la estrategia romántica por excelencia para mantenerse en la renovación y evitar el estancamiento espiritual: “El mundo debe ser romantizado. Así se recupera el sentido original. Romantizar no es otra cosa que una potenciación cualitativa” (citado en Hernández 1995: 266). De Paz explica así estos célebres pensamientos:

Estas palabras de Novalis pueden interpretarse como el símbolo de aquella ‘revolución antropológica’ entendida como revolución total, como una revolución de la cualidad misma de la vida, una vida transformada y cualitativamente potenciada. Pero hoy es precisamente a esa qualitative Potenzierung, a esa potenciación cualitativa de la existencia y de lo social a lo que tendemos siempre de nuevo en la teoría y en la práctica, lo que parece escapársenos. Son las condiciones y la organización misma del mundo (fundado en la destrucción bélica y en la opresión) lo que hace cada vez más descolorido el proyecto de aquella cualidad, de aquel cambio, y lo que nos obliga a conservarlos, todavía hoy, en el espacio de la utopía. (De Paz 2003: 214)

El romanticismo aspira a reivindicar la realización personal desde parámetros que no son de índole cuantitativa, ni tampoco desde intereses puramente egocéntricos. En esto también coinciden Argullol y Paz. La postura romántica es por completo distinta de la crasamente individualista, como puede recordarse a partir de la crítica social del joven F. Schlegel, quien pensaba, como ha escrito un intérprete reciente, que

el control social y político con el que se identifica el orden burgués no respeta la indeterminación propia de lo humano, su condición profunda de ser que, continuamente, ha de tantear, probar, experimentar quién es, hasta dónde puede llegar en la búsqueda de sí mismo, y en qué puede convertirse. (Sánchez Meca 2013: 267)

Por eso, en conclusión, hay que resaltar que la apuesta romántica se da claramente a favor de la diferencia individual pero en un amplio contexto de respeto y solidaridad, de justicia y tolerancia. Lo anterior representa un punto más de acuerdo entre Octavio Paz y Rafael Argullol en sus respectivas interpretaciones sobre el vínculo de la herencia romántica con la modernidad a las que este artículo se ha querido aproximar.

BIBLIOGRAFÍA

- ARGULLOL Rafael, 1995, Escritura transversal: literatura y pensamiento, *Boletín informativo, Fundación Juan March* 253: 33–38, www.march.es/recursos_web/culturales/documentos/conferencias/resumenesBIF/634.pdf (fecha de consulta: 10.2.2015).
- ARGULLOL Rafael, 2006, *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona: Acantilado.
- ARGULLOL Rafael, 2008, *El héroe y el único. El espíritu trágico del romanticismo*, Barcelona: Acantilado.

- DE PAZ Alfredo, 2003, *La revolución romántica. Poéticas, estéticas, ideologías*, trad. de Mar García Lozano, Madrid: Tecnos/Alianza, segunda edición.
- GIVONE Sergio, 1991, *Desencanto del mundo y pensamiento trágico*, trad. de J. Perona, Madrid: Visor.
- HERNÁNDEZ-PACHECO Javier, 1995, *La conciencia romántica*, Madrid: Tecnos.
- LÖWY Michael, SAYRE Robert, 2001, *Romanticism Against the Tide of Modernity*, trad. de Catherine Porter, Durham, N. C.: Duke University Press.
- MADRID Leila M., 1990, Octavio Paz: la espiral y la línea o la re-escritura del romanticismo, *Revista Iberoamericana* 56 (151): 393–401.
- MARÍ Antoni (comp.), 1998, *El entusiasmo y la quietud. Antología del romanticismo alemán*, Barcelona: Tusquets.
- PAZ Octavio, 1974, *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*, Barcelona: Seix Barral, segunda edición.
- PAZ Octavio, 1990, *La otra voz. Poesía y fin de siglo*, Barcelona: Seix Barral.
- ROSALES RODRÍGUEZ Amán, 2012, *La modernidad y su crítica en el ensayo latinoamericano. Ezequiel Martínez Estrada y Octavio Paz*, Poznań: Wydawnictwo Naukowe UAM.
- ROSALES RODRÍGUEZ Amán, 2013, Marginalidad y modernidad en los ensayos de Tomás Segovia, *Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos* 17: 77–86.
- ROSALES RODRÍGUEZ Amán, 2014, Voces hispánicas sobre la relación entre ensayismo y modernidad, *Acta Philologica* 45: 211–218.
- SAFRANSKI Rüdiger, 2012 (2009), *El romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, trad. de Raúl Gabás Pallas, Barcelona: Tusquets.
- SÁNCHEZ MECA Diego, 2013, *Modernidad y romanticismo*, Madrid: Tecnos.
- UERLINGS Herbert (Hrsg.), 2005, *Theorie der Romantik*, Stuttgart: Reclam.
- VILLENA Miguel Ángel, 1999, Seis escritores recuerdan la simbiosis de poesía y pensamiento en Octavio Paz, *El País*, 20 de abril de 1999, http://elpais.com/diario/1999/04/20/cultura/924559201_850215.html (fecha de consulta: 10.2.2015).